

y el sonido de ellos, acompañado del toque de un sonoro metal golpeado con un mazo, llamaba al pueblo á orar en determinados periodos (63). No habia imágenes en el edificio, como que ninguna podía representar al „Dios invisible,” y expresamente se prohibió al pueblo profanar los altares con sangre ú otro cualquiera sacrificio que no fuera el perfume de las flores y el de suaves y olorosas gomas.

El resto de sus dias lo pasó principalmente en sus deliciosas soledades de Tezcozincó donde se dedicó á los estudios astronómicos, probablemente á los astrológicos, y á la meditacion sobre su destino inmortal, expresando sus sentimientos en cantos, ó mas bien himnos sublimes y enérgicos. El extracto de uno de estos dará alguna idea de su creencia religiosa. La melancólica ternura de los versos citados en la página precedente está aquí espresada con un colorido lúgubre y tétrico, entre tanto que el lacerado espíritu, en lugar de buscar alivio en los extravagantes placeres de un temperamento jóven y ardiente, vuelve para su consuelo al mundo que se oculta tras de la tumba.

„Todas las cosas tienen su término en la vida, y en la mas alegre carrera de vanidad y esplendor falta su fuerza, y se hunden en el polvo. Todo el mundo no es sino un sepulcro, y nada hay que viva sobre la superficie de la tierra que no haya de ser encubierto y sepultado en ella. Los rios, los torrentes y arroyos, corren á su destino. Ninguno vuelve atrás á su agradable manantial: siguen adelante; y van precipitadamente á sepultarse en el profundo seno del océano. Las cosas de ayer ya no son hoy, y las de hoy acaso dejarán de existir mañana (64). Los cementerios están llenos del pesado polvo de cuerpos vivificados un tiempo por almas racionales que ocuparon tronos, presidieron consejos, acaudillaron ejércitos, se abrogaron culto, se ensoberbecieron con la vanagloria, con la pompa, con el poder y el imperio. Pero todas estas cosas han desaparecido como el humo terrible que sale de la garganta del Popocatepetl, sin mas recuerdos de su existencia que el de estar inscrita en las páginas del historiador.

„El grande, el sabio, el valiente, el hermoso, ¡ah! ¿dónde están ahora? Todos mezclados bajo el césped; y lo que les sucedió á ellos, ha de acontecernos á nosotros y á aquellos que nos sucedan. Alentémonos pues, nobles é ilustres caudillos, amigos verdaderos y leales súbditos, *aspiremos á obtener aquel cielo don-*

(63) MS. de Ixtlilxochitl.

„Este evidentemente era un *gong*,” (instrumento redondo de música con que los asiáticos hacen mucho ruido) dice el Sr. Ranking, quien huella con confianza los *supositos cineres*,” del camino de la ciencia anticuaría. Véase su *Historical Researches on the conquest of Peru, Mexico, &c., by the Mongols*, (Londres, 1827,) p. 310.

(64) „Toda la redondez de la tierra es un sepulcro: no hay cosa que sustente que con título de piedad no la esconda y entierre. Corren los rios, los arroyos, las fuentes, y las aguas, y ningunas retroceden para sus alegres nacimientos: aceléranse con ansia para los vastos dominios de Tlaloc (Neptuno), y cuanto mas se arriman á sus dilatadas márgenes, tanto mas van labrando las melancólicas urnas para sepultarse. Lo que fué ayer no es hoy, ni lo de hoy se afianza que será mañana.

*de todo es eterno y adonde no puede llegar la corrupcion* (65). Los horrores de la tumba no son sino la cuna del sol, y las negras sombras de la muerte, brillantes luces para las estrellas (66).” El sentido místico de la última sentencia parece aludir á la supersticion en que vivian acerca de las mansiones del sol, creencia que forma un bello contraste con los negros rasgos de la mitología azteca.

Al fin por el año de 1470, Nezahualcoyotl, (67) cargado de años y de honores se sintió cercano á su fin, habiendo transcurrido casi medio siglo desde que subió al trono de Tezcuco. Habia encontrado su reino desmembrado por las facciones, y abatido hasta el polvo bajo el yugo de un tirano extranjero. El habia roto esta esclavitud; habia inspirado nueva vida á la nacion; habia revivido las antiguas instituciones y extendido sus dominios; la habia visto florecer con toda la actividad del comercio y de la agricultura, aumentándose su fuerza por la extension de sus recursos, y avanzando cada dia mas y mas en la gran marcha de la civilizacion. Todo esto habia presenciado, y podia con justicia atribuir la mayor parte de tantos bienes á su sabio y benéfico gobierno. Sus prolongados y gloriosos dias iban llegando ahora á su término; pero él contemplaba este acontecimiento con la misma serenidad que habia mostrado en su tempestuosa mañana y en su esplendor meridiano.

Poco tiempo antes de morir llamó alrededor de sí á aquellos de sus hijos en quienes mas confiaba, á sus principales consejeros, á los embajadores de Méjico y Tlacopan, y al pequeño príncipe heredero de la corona y único vástago tenido en la reina. No contaba entonces todavia ocho años de edad, pero ya ha-

(65) „Aspiremos al cielo, que allí todo es eterno y nada se corrompe.”

(66) „El horror del sepulcro es lisonjera cuna para él, y las funestas sombras, brillantes luces para los astros.”

El texto original y una traduccion española de este poema, creo que apareció primero, en una obra de Granados y Galvez. (Tardes americanas, (Méjico, 1778,) p. 90 y sig.) El original está escrito en idioma otomí, y ambos, así como tambien una version francesa, han sido insertadas por M. Ternaux-Compans, en el Apéndice de su traduccion de la Historia de los chichimecas escrita por Ixtlilxochitl, (tom. I, pp. 359-367). Bustamante, que tambien ha publicado la version española en su Galería de antiguos principes mexicanos (Puebla, 1821, (pp. 16 y 17),) la llama „Oda de la flor,” que fué recitada en un gran banquete á que asistieron los principales nobles tezcucanos. Si esta última es la misma que menciona Torquemada, (Monarqu. ind., lib. 2, cap. 45,) debe haber sido escrita en lengua tezcucana, y ciertamente no es probable que el otomí, dialecto indio, tan distinto de los idiomas del Anáhuac, aunque bien sabido por el poeta real, pudiera ser comprendido por el auditorio heterogéneo de sus compatriotas.

(67) Un cálculo aproximativo á la fecha, es lo mas que puede esperarse de los manuscritos de Ixtlilxochitl, quien ha intrincado su cronología de una manera que mi habilidad no alcanza á desenvolver. Así, por ejemplo, despues de decir que Nezahualcoyotl tenia 15 años cuando fué muerto su padre en 1418, asegura que falleció á la edad de 71, en 1462. *Instar omnium*. Comp., Hist. chich., MS., cap. 18, 19, y 49.

bia dado, hasta donde podía esperarse de tan tierna flor, ricas promesas de una futura bondad (68).

Después de abrazar tiernamente al niño el moribundo monarca colocó sobre él las vestiduras reales. Luego dió audiencia á los embajadores; y cuando se hubieron retirado, hizo que aquel repitiera la sustancia de la conversacion. Signieron á esto los consejos que eran acomodados á su comprension, y de tal naturaleza, que cuando los recordara en sus maduros años, pudieran servirle de luz para guiarlo en el gobierno de su reino. Le suplicó no fuera negligente en el culto „del Dios no conocido,” mostrando sentimiento de que él mismo hubiera sido indigno de conocerle, é indicando su conviccion de que tiempo vendria en que seria conocido y adorado por todo el pais (69). En seguida se dirigió á uno de sus hijos que le merecia la mayor confianza y á quien eligió por regente. „Desde ahora,” le dijo, „vos llenareis el cargo que yo he tenido de padre de este niño: vos le enseñareis á vivir como debe; y por vuestros consejos gobernará el reino. Ocupad su lugar, y sed su guia hasta que tenga la edad suficiente para gobernar él mismo.” Entonces volviéndose á sus otros hijos, les amonestó á vivir en perfecta union y á mostrar toda lealtad á su príncipe, quien aunque niño, había ya manifestado una discrecion superior á sus años. „Sedle fieles,” añadió, „y él os mantendrá en vuestros derechos y dignidades.” (70)

Sintiendo que su fin se aproximaba, exclamó: „no me lloreis con inútiles lamentaciones: entonad himnos de alegría; y mostrad un espíritu valeroso para que las naciones que he subyugado no os crean desalentados, sino que puedan conocer que cada uno de vosotros es capaz de conservarlas en obediencia.” El indomable espíritu del monarca se mostró todavía en las agonías de la muerte; pero su intrépido corazón se enterneció al despedirse de sus hijos y amigos, llorando amargamente sobre ellos al darles el último adiós. Cuando se retiraron previno á los oficiales del palacio no permitieran á ninguno volver á entrar, y poco después espiró á los setenta y dos años de su edad, y cuarenta y cuatro de su reinado (71).

Así murió el monarca mas grande; y si una mancha asquerosa pudiera borrarse de su vida, acaso el mejor que jamás ocupó un trono indio. Su carácter está delineado con mediana imparcialidad por su consanguíneo el historiador tezcucano. „Era sabio, valiente, liberal; y cuando consideramos la magnanimidad de su alma, la grandeza y buen suceso de sus empresas, su profunda y

(68) MS. de Ixtlilxochitl; también Hist. chich., MS., cap. 49.

(69) „No consintiendo que haya sacrificios de gente humana, que Dios se enoja de ello, castigando con rigor á los que lo hicieren; que el dolor que llevo es no tener luz, ni conocimiento, ni ser merecedor de conocer tan gran Dios, el cual tengo por cierto, que ya que los presentes no lo conozcan, *ha de venir tiempo en que sea conocido y adorado en esta tierra.*” MS. de Ixtlilxochitl.

(70) Idem, ubi supra; también Hist. chich., cap. 49.

(71) Hist. chich., cap. 49.

sábía política, debemos confesar que fué superior á todos los demás príncipes y caudillos de este Nuevo Mundo. Tenia pocas faltas y castigaba severamente las de los otros: preferia el interes público al suyo propio: era muy caritativo por naturaleza, tanto, que á las personas pobres y honestas les compraba efectos en el duplo de su valor, para repartirlos después entre los enfermos é impedidos. En tiempos de escasez fué particularmente generoso, eximiendo á sus vasallos de los impuestos, y proveyendo á sus urgencias con los graneros reales. No colocó su fe en el culto idólatra del pais: estaba bastante instruido en los principios de la moral; y procuró sobre todo adquirir luces para conocer á la verdadera Divinidad. Confesaba la existencia de un solo Dios, criador del cielo y de la tierra, á quien debemos nuestro ser, que nunca se ha dejado ver en forma humana, ni en ninguna otra, y con quien las almas de los virtuosos iban á vivir después de la muerte, mientras que el malo habia de sufrir penas indecibles. Invocaba al Dios Todopoderoso, como „aquel por quien vivimos, y que tiene todas las cosas en sí mismo.” Reconocia al sol por su padre y á la tierra por su madre. Enseñó á sus hijos á no confiar en los ídolos, y á conformarse al culto exterior de ellos solo por deferencia á la opinion pública (72). Si no pudo abolir enteramente los sacrificios humanos transmitidos por los aztecas, al menos los restringió á los esclavos y prisioneros (73).”

He ocupado tanto espacio con este ilustre príncipe, que poco queda para su hijo y sucesor Nezahualpilli. Me ha parecido mas conveniente á los estrechos límites de esta obra presentar una idea completa de esta sola época, la mas interesante en los anales tezcucanos, que extender las investigaciones sobre un campo mas extenso, pero comparativamente estéril. Nezahualpilli, el heredero de la corona, fué un príncipe notable, y su reinado contiene muchos incidentes que siento estar obligado á pasar en silencio (74).

Tenia bajo muchos aspectos un gusto semejante al de su padre, y como él desplegó una pródiga magnificencia en su modo de vivir y en los edificios públicos. Fué mas severo en su moral, y rígido en la ejecucion de la justicia, hasta sacrificar á ella los afectos naturales. Algunos pasages notables se refieren sobre este punto; uno entre otros, con relacion al mayor de sus hijos, he-

(72) „Solia amonestar á sus hijos en secreto que no adorasen á aquellas figuras de ídolos, y que aquello que hiciesen en público fuese *solo por cumplimiento.*” Ibid.

(73) Idem, ubi supra.

(74) El nombre de Nezahualpilli significa „el príncipe por quien se ha ayunado,” aludiendo sin duda á la larga abstinencia de Nezahualcoyotl antes de su nacimiento. (Véase á Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 45.) Ya he explicado lo que queria decir el nombre igualmente eufónico del segundo. (Véase el cap. 4. de esta obra). Si es cierto que,

„César ó Epaminondas nunca hubieran llegado á nuestra noticia si no hubieran tenido los nombres,”

no lo es menos que los de los dos príncipes tezcucanos, tan difíciles de pronunciar y de ser traídos á la memoria por un europeo, son mas desfavorables para la inmortalidad.

redero de la corona y príncipe de grandes esperanzas. Entabló el joven una correspondencia poética con una de las concubinas de su padre, conocida con el nombre de la señora de Tula, muger de humilde origen, pero dotada por la naturaleza de prendas no comunes. Tenía un palacio separado, donde vivía con grandeza, y adquirió por su hermosura y recomendables cualidades mucho ascendiente sobre su real amante (75). Ignórase si la correspondencia del príncipe con esta favorita fué amorosa, pero de todas maneras la falta era capital. Se le sujetó al tribunal correspondiente, que pronunció sentencia de muerte contra el infortunado joven, y el rey, cerrando su corazón á las súplicas y á la voz de la naturaleza, permitió que se ejecutara el cruel fallo. Tal vez podría sospecharse en este caso la influencia de la pasión mas baja; pero no es uno solo el ejemplo que se presenta de su inexorable justicia respecto de los que le eran mas allegados. Tenía la austera virtud de un antiguo romano, destituida de las amables gracias que la hacen atractiva. Luego que se llevó á efecto la sentencia, se encerró en su palacio por muchas semanas, y mandó tapiar las puertas y ventanas de la habitación de su hijo para que no volvieran á ocuparse (76).

Nezahualpilli tenía la misma pasión que su padre por los estudios astronómicos, y se dice que en uno de sus palacios había un observatorio (77). Se consagró á la guerra en su juventud; pero luego que avanzó en años, abrazó un modo de vivir mas tranquilo, y buscó su principal diversion en el cultivo de su ciencia favorita y en los suaves placeres de los retirados jardines de Tezcoztinco. Esta vida pacífica no era muy conveniente para el carácter turbulento de la época y de su rival mejicano Montezuma. Las provincias distantes se separaron de su alianza; el ejército relajó la disciplina; el desafecto creció en sus filas, y el astuto Montezuma, ya por la violencia, ya por estratagemas indignas

(75) „De las concubinas la que mas privó con el rey, fué la que llamaban la señora de Tula, no por linaje, sino porque era hija de un mercader, y era tan sabia que competía con el rey y con los mas sabios de su reino, y era en la poesía muy aventajada, que con estas gracias y dones naturales tenía al rey muy sujeto á su voluntad de tal manera, que lo que quería alcanzaba de él, y así vivía sola por sí con grande aparato y magestad en unos palacios que el rey le mandó edificar.” Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 57.

(76) Ibid., cap. 67.

El historiador tezcucano refiere varios espantosos ejemplos de esta severidad, particularmente la que usó con su muger delincuente. Esta anécdota que recuerda las consejas de un Harem Oriental, está traducida en el *apéndice, part. 2, núm. 4*. Véase á Torquemada, (Monarquía ind., lib. 2, cap. 66, y Zurita, Rapport, pp. 108 y 109.) Era el terror de todos los magistrados injustos, pues poco favor debían esperar de un hombre que pudo ahogar en su seno la voz de la naturaleza por obedecer á las leyes. Como Suetonio dice de un príncipe que no tenía su virtud: „Vehemens et in coercendis quidem delictis immodicus.” Vita Galbæ, sec. 9.

(77) Torquemada vió los restos de éste ó lo que pasaba por tal en su tiempo. Monarquía ind., lib. 2, cap. 64.

de un rey, logró despojar á su aliado monarca de algunos de sus mejores dominios. Entonces fué cuando se abrogó el título y preeminencias de emperador, que hasta entonces habían llevado los príncipes tezcucanos, como cabezas de la alianza. Tales son las noticias que dan los historiadores sobre aquella nación, de cuya manera explican la superioridad reconocida del soberano azteca, tanto en territorio como en distinción, cuando desembarcaron los españoles (78).

Estas desgracias pesaron fuertemente en el espíritu de Nezahualpilli, aumentándose su aflicción con ciertos lúgubres pronósticos de una próxima calamidad, que debía oprimir al país (79). Se encerró en su retiro á ocultar tantos pesares: decayó rápidamente su salud; y el año de 1515, á la edad de cincuenta y dos años, se hundió en la tumba (80). ¡Feliz al menos, pues que con su oportuna muerte se libertó de presenciar el cumplimiento de sus predicciones sobre la ruina de su país y la extinción de las dinastías indias para siempre! (81).

Al examinar de nuevo el breve bosquejo presentado aquí de la monarquía tezcucana, no puede menos de sentirse profundamente impresa la convicción de su superioridad en todos los grandes rasgos de civilización sobre el resto del Anáhuac. Los mejicanos mostraron, no hay duda, igual adelanto en las artes mecánicas y aun en la ciencia de las matemáticas; pero en la de gobierno, en la de la legislación, en las doctrinas contemplativas de la religión, en las elegantes producciones de la poesía y elocuencia, y en todo aquello que dependía de un gusto refinado y de un idioma pulcro, se confesaban inferiores, con el hecho de recurrir á sus rivales como á la fuente del saber, y de citar sus obras como las piezas maestras del idioma. Las mejores historias, los mejores poemas, el mejor código, el dialecto mas puro, todo se concedía á los tezcucanos. Los aztecas rivalizaban con sus vecinos en el esplendor con que vivían, y aun en la

(78) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 73 y 74.

Esta pérdida repentina de la supremacía del imperio por los tezcucanos, al fin de los reinados de dos de sus mas hábiles monarcas, es tan improbable, que puede dudarse si la poseyeron alguna vez, por lo menos con la extensión que pretende el patriota historiador. Véase la nota 25 del cap. 1 de esta obra y el texto correspondiente.

(79) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 72.

El lector encontrará una relación muy particular de estos prodigios, probados con testimonios mas auténticos que muchos milagros, en una página posterior de esta historia.

(80) Ibid., cap. 75.—Ó mas bien, á la edad de 50, si el historiador no va errado en colocar su nacimiento, como lo hace en uno de los capítulos precedentes, en 1465. (Véase el cap. 46.) No es fácil decidir lo que es cierto cuando el escritor no se toma el trabajo de ser en todo verídico.

(81) Sus exequias se celebraron con sangüinaria pompa. Dociientos esclavos y docientas esclavas se sacrificaron en la tumba. Su cuerpo fué consumido en una pira funeral entre un grupo de piedras preciosas, ricas estofas é incienso, y las cenizas depositadas en una urna de oro, fueron colocadas en el gran templo de Huitzilopotchli, por cuyo culto, no obstante las lecciones de su padre, tenía el rey alguna parcialidad.

magnificencia de sus edificios. Desplegaban una pompa y fausto verdaderamente asiático; pero esto era el desarrollo de elementos materiales, mas bien que intelectuales. Necesitaban el refinamiento de costumbres esencial á un continuo progreso en la civilización; y un insuperable límite estaba puesto á las suyas, con aquella sangrienta mitología que comunicaba su horrible y asquerosa infección al mismo aire que respiraban.

La superioridad de los tezcucanos era ciertamente debida en gran parte á la de los dos soberanos cuyos reinados hemos descrito. No hay posición en la vida que proporcione mas campo para mejorar la condición del hombre, que la de un príncipe absoluto en una nación imperfectamente civilizada. Desde su elevado puesto, disponiendo de todos los recursos de la época, tiene el poder de difundirlos mas y mas entre su pueblo. Puede compararse al copioso manantial nacido en la cumbre de la montaña, que se alimenta con las lluvias del cielo para enviarlas despues en arroyos, que corren por colinas y valles, fertilizándolos y revistiendo de hermosura aun á los mismos desiertos. Tales fueron Nezahualcoyotl y su digno sucesor, cuya ilustrada política continuándose por casi un siglo, obró la mas saludable revolución en el estado del país. Es muy extraño que nosotros, habitantes del mismo continente, estemos mas familiarizados con la historia de muchos caudillos bárbaros, tanto del Antiguo como del Nuevo Mundo, que con la de estos monarcas verdaderamente grandes, cuyos nombres están identificados con las páginas mas gloriosas de los anales de las razas indias.

No es fácil determinar cuál era el grado de la civilización tezcucana con la imperfecta luz que se nos ha transmitido, aunque ciertamente era muy inferior á lo que por esa palabra quiere darse á entender en Europa. En algunas de las artes y en todas las carreras de las ciencias solo habian dado los primeros pasos; pero habian principiado la verdadera senda, y mostrado ya un refinamiento en sentimientos y costumbres, una capacidad para recibir lecciones, que bajo buenos auspicios podia haberlos conducido á un adelanto indefinido. Por desgracia iban apresuradamente doblegándose bajo el dominio de los guerreros aztecas, cuyo pueblo pagó los beneficios recibidos de sus mas cultos vecinos contaminándolos con su feroz superstición, la cual descendiendo como un tizon encendido sobre el país, hubiera pronto abrasado las ricas flores que prometia y aun reducido sus frutos á polvo y cenizas.

Fernando de Alva Ixtlilxochitl, que floreció al principio del siglo diez y seis, era nativo de Tezcucó y descendiente por línea recta de los soberanos de este reino. La real posteridad llegaba á ser tan numerosa en pocas generaciones, que era comun verla reducida á la mayor pobreza y proporcionarse una mezquina subsistencia con las ocupaciones mas humildes. Ixtlilxochitl que descendía de la reina ó muger principal de Nezahualpilli, guardaba una posición respetable. Desempeñó el oficio de intérprete del virey, á quien fué recomendado por su instrucción en los geroglíficos antiguos y versación en los idiomas mejicano y español. Su nacimiento le daba acceso á las

personas de mas alto rango de su nación, algunas de las cuales ocupaban importantes empleos civiles en el nuevo gobierno, por cuyo motivo tenían facilidad de hacer grandes colecciones de manuscritos indios que liberalmente franquearon al escritor. También tenía una extensa librería; y con estos medios se aplicó diligentemente al estudio de las antigüedades tezcucanas. Él descifró los geroglíficos, se hizo maestro de los cantos y de las tradiciones, y corroboró sus escritos con el testimonio oral de algunas personas muy ancianas que habian conocido á los conquistadores. Tomando sus materiales de fuentes tan auténticas, compuso varias obras en castellano sobre la historia primitiva de las razas tolteca y tezcucana, continuándola hasta la subversión del imperio por Cortés. Estos varios escritos, recopilados bajo el título de *relaciones*, son mas ó menos mútuas repeticiones y compendios, no siendo fácil entender por qué las compuso de esta manera. *La Historia chichimeca*, es la mas bien ordenada y la mas completa de toda la serie, y como tal, ha sido mas frecuentemente consultada al escribir las páginas precedentes.

Las composiciones de Ixtlilxochitl tienen muchos de los defectos comunes en su época. Generalmente llena sus páginas de incidentes triviales é inverosímiles, cuya falta de probabilidad crece con el transcurso del tiempo, pues la distancia que disminuye los objetos para la vista natural, los aumenta para la mental. Su cronología, como mas de una vez he manifestado, es excesivamente intrincada. Con mucha frecuencia ha dado un oído demasiado favorable á tradiciones y escritos que hubieran sobresaltado la crítica escéptica de la edad presente. Sin embargo, hay una apariencia de buena fe é ingenuidad en sus obras, que pueden convencer al lector de que cuando yerra, no es por otra causa que por la de parcialidad nacional, y esta seguramente es excusable en el descendiente de un orgulloso linaje privado de su antiguo esplendor que le era lisonjero revivir. Debe también considerarse que si su narración es alguna vez violenta, sus investigaciones penetran en los profundos misterios de la antigüedad, donde se encuentran la luz y la obscuridad, mezcladas una con la otra, y donde todo está mas sujeto á trastornarse como que se vé por el nebuloso medio de los geroglíficos. Con estas excepciones, se encontrará que el historiador tezcucano ha llamado justamente nuestra admiración por el extenso campo de sus investigaciones, y por la sagacidad con que las conduce. Él nos ha introducido al conocimiento del pueblo mas culto del Anáhuac, cuyos anales, aun cuando se hubieran conservado, no habrían podido comprenderse en un periodo de tiempo posterior, y de esta manera presentó una regla de comparación que eleva mucho nuestras ideas sobre la civilización americana. Su lenguaje es sencillo: algunas veces elocuente y patético. Sus descripciones son demasiado pintorescas. Abunda en anécdotas familiares; y la gracia natural con que detalla los mas notables acontecimientos de la historia y las aventuras personales de sus héroes, le hacen acreedor al nombre del Livio del Anáhuac.

Tendré necesidad mas adelante de hablar de sus mérito literario con respecto á la historia de la conquista, para la cual es una autoridad respetable. Sus primeros anales, sin embargo de que ninguno de sus manuscritos se ha impreso, han sido diligentemente estudiados en Méjico por los escritores españoles, y libremente trasladados á sus páginas, de lo que sin duda ha resultado que su reputación, así como la de Sahagún, haya sufrido no poco. Su *Historia chichimeca* está vertida al francés por M. Ternaux-Compans, y forma parte de la inestimable serie de traducciones y documentos inéditos que han servido tanto para familiarizarlos con la historia primitiva de América. Yo he tenido mucha oportunidad de conocer el mérito de la versión

que ha hecho de Ixtlilxochitl, y tengo mucho gusto en atestiguar la fidelidad y elegancia con que está ejecutada.

NOTA.—Era mi intencion concluir esta parte introductoria de la obra con algunas noticias sobre el *origen de la civilizacion mejicana*; pero „la cuestion general del origen de los habitantes de un continente,” Humboldt ha escrito, „excede á los limites prescritos á la historia; acaso no es ni aun una cuestion filosófica.” „Para la mayoría de los lectores,” dice Livio, „el origen, las remotas antigüedades de una nacion, pueden tener, comparativamente hablando, poco interes.” El juicio crítico de estos dos grandes escritores, es justo y oportuno; por lo que despues de una consideracion mas detenida, he reservado las observaciones sobre este punto, preparadas con algun cuidado, para la parte primera del *Apéndice*, al cual, los que se sientan muy interesados en la discusion, pueden ocurrir antes de entrar á la historia de la conquista.

LIBRO SEGUNDO.

DESCUBRIMIENTO DE MEXICO.